

MICHAEL RICHARDS

# HISTORIAS PARA DESPUÉS DE UNA GUERRA

Memoria, política y cambio social en España  
desde 1936

Traducción de  
EFRÉN DEL VALLE

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Agradecimientos</i> .....	13
<i>Introducción: El trauma cultural en España</i> .....	19

### PRIMERA PARTE PREPARANDO LA ESCENA

1. Memorias de guerra desde 1936: memoria política, moral y social. ....	31
2. Democracia, guerra civil y violencia «íntima» en los años treinta .....	51

### SEGUNDA PARTE MEMORIAS DE GUERRA DURANTE LOS AÑOS DE FRANCO

3. Represión y conmemoración: la liturgia de la memoria de los vencedores. ....	83
4. Represión y reproducción: memoria social en los años cuarenta. ....	109
5. Memoria y política: de la guerra civil a la Guerra Fría .....	139
6. Memoria y migración: la huida del campo en los años cincuenta .....	167
7. Conmemoración de «la paz de Franco»: el vigesimoquinto aniversario de la victoria .....	197
8. La réplica a «la paz de Franco»: transformación desde abajo en la década de 1960. ....	225

9. Transición y reconciliación: la política y la Iglesia en los años setenta . . . . .	253
--	-----

TERCERA PARTE

MEMORIA DE LA GUERRA DESPUÉS DE FRANCO

10. Transición y consenso: la presencia del pasado, 1975-1980 .	283
11. «La altura de nuestro tiempo»: memoria y modernización, 1981-1996 . . . . .	309
12. Identidad colectiva y ética de la memoria, 1996-2007 . . . . .	335
Conclusión: la historia de las memorias de guerra en España . . .	363
<i>Notas</i> . . . . .	371
<i>Fuentes y bibliografía selectiva</i> . . . . .	457
<i>Índice de mapas y tablas</i> . . . . .	478
<i>Índice alfabético</i> . . . . .	479

## INTRODUCCIÓN: EL TRAUMA CULTURAL EN ESPAÑA

Este libro ahonda en cómo ha sido recordada y representada la terrible experiencia de la guerra civil española y sus represivas secuelas durante las décadas de posguerra, de 1939 a 2007, momento en el cual el Parlamento español aprobó la Ley de Memoria Histórica auspiciada por el Gobierno. El principal objetivo es situar en una perspectiva histórica la reciente preocupación por la memoria, que desde finales de los años noventa ha ocupado el centro del debate político español sobre justicia y reparación.<sup>1</sup> El legado de la ruptura de la guerra civil y la violencia de posguerra se mantuvo y cobró relevancia durante el cambio social sin precedentes que se produjo a partir de los años cincuenta, como atestiguan la memoria «oficial» o doctrinal, los testimonios personales y las crónicas de figuras públicas. Las grandes narrativas y el «paisaje mítico» de la guerra, que persistían y se solapaban, fueron el telón de fondo de la panorámica histórica del conflicto que construyeron individuos y «comunidades de la memoria» identificables. Durante las décadas de posguerra, el recuerdo de la conflagración y sus víctimas se modeló e interpretó conforme a las cualidades y objetivos comunes necesarios para la formación de identidades colectivas. Recientemente, la actividad de la memoria, cristalizada en especial a través de la exhumación de fosas comunes y la identificación y digna inhumación de los restos mortales de las víctimas republicanas del conflicto y del terror de posguerra, lleva el sello propio de una cultura universal de los derechos humanos.

Durante la larga etapa franquista (1939-1975), los únicos que fueron libres de recordar colectivamente y participar de manera simbólica en la rememoración pública del conflicto fueron exclusivamente los vencedores. Esas representaciones públicas constituyeron la base de las reivindicaciones, alentadas oficialmente, acerca de un pasado colectivo

traumático. El concepto de trauma cultural se interpretará aquí como un tejido de construcciones históricas que representan hechos dolorosos concretos, un tejido condicionado por la interacción *post facto* del poder político, las relaciones sociales, la acción social y las estructuras de significación comunes.<sup>2</sup> Aunque el concepto está relacionado material y metafóricamente con el trauma personal (un daño persistente causado al individuo que ha sufrido experiencias violentas que no puede olvidar), el trauma cultural se considera aquí como algo distinto, incluso aunque sea esencial recoger abundantes experiencias traumáticas individuales para comprender y evaluar los rasgos fundamentales del trauma colectivo.

La distinción entre lo individual y lo colectivo puede aplicarse naturalmente al tema de la memoria en general, una de cuyas formas particulares es el trauma. El problemático concepto de la memoria se trata aquí de manera inclusiva, como una facultad de la mente individual, que funciona a la luz de influencias sociales y culturales, y como la producción de imágenes, representaciones y narrativas del pasado diseminadas y compartidas en el ámbito público a través de una voluntad social activa. Esta forma de plantear la cuestión tiene su base en la célebre teoría de la memoria colectiva elaborada por el sociólogo Maurice Halbwachs, quien, aunque no se centró en el trauma, mantenía en su innovador estudio de los años veinte que los hechos y experiencias pasados siempre constituían un marco social o colectivo de las experiencias actuales, y debían tomarse como punto de partida para que el presente fuese inteligible.<sup>3</sup> El valor analítico del concepto de «memoria colectiva» se ha visto disminuido en épocas recientes por un uso impreciso del mismo y por fáciles suposiciones sobre el contenido de memorias grupales, con poco o ningún análisis crítico del proceso histórico y de la imprescindible acción social implicados.<sup>4</sup> El concepto de trauma cultural, si bien puede relacionarse con el de la «memoria cultural» (que se refiere, de forma demasiado general, a la memoria como un «vehículo» que entraña suposiciones muy difundidas sobre el individuo y el mundo social), resulta más exacto en su significado, pues pone el acento en precisar hechos y casos negativos y en los procesos de construcción de la memoria que le son asociados, en lugar de referirse a fenómenos generales, lo cual permite una descripción y un análisis de los modos de cuestionar y afrontar los pasados que se relacionan de forma específica con el sufrimiento y el sacrificio.<sup>5</sup> Este planteamiento, sobre todo cuando se presenta en el marco de una estructura cronológica, permite ana-

lizar las luchas por la «propiedad» del trauma cultural y la evolución de la memoria de posguerra en términos *relacionales* y *procesales*, un terreno adecuado para los historiadores sociales.<sup>6</sup>

La experiencia y su representación requieren cierto grado de discernimiento cuando se trata de explicar el trauma cultural. Los acontecimientos, aunque puedan ser catastróficos y dolorosos y afectar a masas de individuos, no son inherentemente traumáticos: en su forma colectiva, el trauma es una atribución mediada socialmente. Tal como escribió el sociólogo Jeffrey Alexander, «los acontecimientos no crean en sí mismos ni por sí mismos un trauma colectivo».<sup>7</sup> En un nivel colectivo y cultural sabemos que esto es así porque sucesos históricos con un mismo grado de negatividad no dejan siempre un legado traumático; en algunos casos, ni siquiera tienen que haberse producido los hechos para que se hable de una posible comunidad de la memoria y de un sentido de identidad colectiva. Aunque en general no es así en el caso de la guerra civil española, esta circunstancia nos obliga a considerar con atención los procesos mediante los cuales una multitud de experiencias individuales interactúa, al reelaborarse, con situaciones sociales más genéricas y con el desarrollo de una conciencia de grupo reivindicativa, sobre todo cuando las producen víctimas colectivas enfrentadas.<sup>8</sup> La construcción y mediación activa de reivindicaciones del trauma cultural en España —su auge y caída a lo largo de siete décadas— y la dialéctica de «posesión» del trauma grupal constituyen un tema continuo en el presente estudio. Aunque el interés historiográfico reciente ha tendido a orientarse hacia «la memoria del vencido», lo cierto es que desde los años setenta, tanto franquistas como republicanos han manifestado sus lealtades políticas y sociales, así como su identidad de grupo, mediante la construcción de reivindicaciones asociadas al trauma colectivo, que se basan en representaciones específicas de los orígenes, la experiencia y los efectos de la guerra civil. Puesto que nos interesa la memoria social en su dimensión relacional y como proceso, deberán ser evaluadas las reivindicaciones de ambas partes, si bien el objetivo no es buscar o defender una «equivalencia del sufrimiento».

Después de la violencia colectiva, los grupos sociales suelen negar o diluir su responsabilidad proyectando la culpa de su sufrimiento en el enemigo demonizado y convertido en el «otro»: el grupo odiado «entre nosotros».<sup>9</sup> Al hacerlo, se niegan a reconocer el trauma de esos otros. Estalla entonces, a partir de las afirmaciones sobre la naturaleza indeleble de la cicatriz cultural y psicológica que queda en la conciencia de

grupo, una lucha para crear o reconstruir la comunidad y la autoridad política, negando la legitimidad a otras identidades colectivas, especialmente la del «vencido». En 1961, al conmemorar la guerra de España veinticinco años después de su inicio, un destacado miembro del Opus Dei, industrial, banquero y veterano de la «cruzada» de Franco, expresaba su temor a que la sociedad olvidara el carácter sagrado de la guerra afirmando que quienes apoyaron a la izquierda no habían sufrido un trauma comparable al de los católicos y los conservadores, ya que la izquierda siempre llevaba a cabo empresas colectivas en nombre de ganancias sociales y materiales, mientras que la derecha era la que había padecido por la nación, la historia y la identidad.<sup>10</sup> La asociación de trauma con identidad y la contemplación de todo ello como algo sagrado, aun siendo manifiestamente reduccionista en su premisa básica (puesto que tanto la derecha como la izquierda recordaban sus luchas como traumáticas y como algo esencial para los lazos colectivos en momentos particulares y por motivos varios), es fundamental para explicar la disonancia entre recuerdos individuales, colectivos y «oficiales» (estos últimos sobre todo durante la dictadura), sus varios grados de intensidad y su relación con mitos populares y dominantes del pasado durante la etapa de posguerra, caracterizada por un cambio social sin precedentes.<sup>11</sup> La ambivalencia del trauma cultural, la tensión entre rehuir acontecimientos dolorosos o vergonzosos, y revivirlos o reconstruirlos, solo es explicable en términos de proceso social, incluida la formación de identidades colectivas y evolución generacional, como forma de hallar soluciones a los problemas planteados por el cambio.

Esto no significa que los hechos recordados carezcan de importancia. La atribución de estatus traumático a una reivindicación colectiva solo puede entenderse en relación con la naturaleza de los hechos que la ha originado. Pero los aspectos cuantificables de un hecho social destructivo son insuficientes para medir lo que podríamos denominar su estatus catastrófico. Es vital el grado en que se destruyen fuentes simbólicas o sagradas de identidad colectiva, que provoca una sensación común de disgusto, vergüenza o culpabilidad, aunque hay muchos otros factores que influyen en el salto desde esa realidad histórica hasta su construcción como tragedia colectiva definitiva, en la que la identidad de ciertos grupos a menudo queda «encerrada».<sup>12</sup> La violencia colectiva separa a los grupos e individuos de ciertos anclajes culturales previos a su mundo exterior, y el consiguiente desplazamiento de la identidad a menudo persiste, se repite y provoca reacciones mucho

después de la violencia inicial. La catástrofe, según argumenta Alan Mintz, es inherente al «poder» que tiene el acontecimiento «para destruir los paradigmas de significado existentes». <sup>13</sup> En España, la gran mayoría de los que fueron ejecutados en la retaguardia, tanto en un como en otro bando, no habían sido capturados en el frente, sino que los detuvieron a menudo en sus casas, las más de la veces tras haber sido denunciados a las autoridades de guerra por miembros de su propia comunidad. <sup>14</sup> En el caso de España, la cohesión social y la solidaridad se vieron profundamente socavadas por el desbaratamiento de la vida social y por el gran alcance y hondura de la violencia colectiva.

Esa violencia parecía tan radicalmente contraria a la naturaleza humana a ojos de los testigos y observadores posteriores (incluidos los historiadores), que ha sido interpretada como inherente y colectivamente traumática. Este planteamiento «naturalista», aunque sea convincente respecto del sentido común, no está exento de problemas, sobre todo porque existe una tensión evidente entre el trauma individual y el colectivo, como ocurre entre la memoria individual y la colectiva. Aunque después de guerras internas extensas la probabilidad de que hechos dolorosos desemboquen en un trauma cultural es elevada, no es un hecho automático: es necesaria la acción social y política, y esos fenómenos son los que constituyen la base de los capítulos de este libro. Así, la composición, estructura, objetivos y carácter representativo de la «víctima colectiva» deben detallarse y describirse en cada caso y periodo.

En primer lugar, sin embargo, debemos prestar atención a los acontecimientos. La memoria individual y el trauma personal están ligados de manera obvia e íntima con los hechos del pasado; también lo están la memoria colectiva y el trauma cultural, aunque de forma más problemática. Comprender las representaciones colectivas *post facto* de acontecimientos devastadores exige sin duda una cuidadosa valoración histórica de tales hechos y del modo como ocurrieron. La premisa de los capítulos 2 y 4 es que, sin explorar la guerra de España y su polarizada etapa posterior, es imposible explicar los recuerdos de posguerra. Tal como ha comentado Timothy Snyder, «nuestros recuerdos son siempre recuerdos de algo, y a menos que poseamos una fuente independiente de conocimiento sobre ese algo, no podremos aprender nada sobre cómo trabaja la memoria». <sup>15</sup>

La guerra civil española se libró en el campo de batalla y —lo que es más importante para la memoria y el trauma— en el seno de las comunidades, entre 1936 y 1939. En un país que contaba entonces con



unos 23 millones de habitantes, el conflicto costó la vida a unos 350.000 españoles y el exilio aproximadamente a medio millón. En toda España, la mitad de las muertes se produjo a causa de la violencia política alejada del campo de batalla.<sup>16</sup> En 1936, la cantidad de defunciones superior a la media de preguerra (413.000) fue de 30.000 más, aunque la cifra real sin duda fue más elevada. En 1937, el número total de muertes registradas fue de 472.000, y pasó a 485.000 en 1938 y a 470.000 en 1939, un 20 % más en esos tres años que el índice de 1935. El ritmo biológico y demográfico de la sociedad se vio irreversiblemente alterado.<sup>17</sup> La tasa total de natalidad sufrió un descenso de 100.000 nacimientos en 1937 y 1938, y 200.000 en 1939; el matrimonio se producía más tarde, sobre todo entre «los vencidos».<sup>18</sup> Al menos 100.000 «rojos» fueron ejecutados por los «nacionales» rebeldes durante los años de la guerra, y probablemente unos 50.000 en la purga de posguerra.<sup>19</sup> Entre 38.000 y 55.000 «enemigos de la República» murieron en la zona gubernamental durante el conflicto, en su mayoría entre julio y noviembre de 1936, los cinco primeros meses revolucionarios.<sup>20</sup> Aproximadamente 7.000 de esas víctimas fueron sacerdotes y otras personas integrantes de órdenes religiosas. Para la Iglesia española y los fieles nacionalistas, el origen del Nuevo Estado teocrático y del trauma cultural de posguerra se hallaba en el tributo de sangre de sus mártires, que habían dado testimonio con sus vidas de la triste realidad de la «impiedad».<sup>21</sup> El número de muertes relacionadas con la represión política de los republicanos vencidos y con el hambre, la enfermedad y el encarcelamiento durante los primeros años de posguerra fue casi tan elevado como durante la guerra, y el número de defunciones anuales no volvió a los niveles de preguerra hasta 1943. Hubo tantas muertes oficiales en 1941 (484.000) como en el momento culminante del conflicto. En Cataluña, una de las regiones más desarrolladas del país, la mortalidad infantil durante los años cuarenta fue un 40 % superior a la media de 1935, y se alcanzaron niveles inéditos desde la epidemia de gripe de 1918-1919. La esperanza media de vida en Cataluña entre 1941 y 1945 era de cuatro años menos que en 1935; el número de viudas menores de treinta años quintuplicó al de 1930.<sup>22</sup> Ello obedeció probablemente a la llegada de inmigrantes rurales durante el conflicto y después de este, cuando hubo una auténtica hambruna en el sur de España a principios de los años cuarenta, pero las clases medias de Barcelona también pasaron hambre en ese periodo.<sup>23</sup>

Por tanto, si sumamos el registro de muertes de posguerra por enci-

ma de la norma de preguerra (215.000 entre 1940 y 1942) a la cifra alcanzada durante el conflicto, podemos situar las pérdidas humanas totales de ambos bandos, atribuibles directa o indirectamente a la guerra civil, en unas 565.000. También podemos concluir que unas tres cuartas partes del total de muertes relacionadas con la guerra entre 1936 y 1944 fueron bajas que no se produjeron en combate.<sup>24</sup> El grado de sufrimiento —la base objetiva respecto de la que puede calibrarse el estatus del trauma colectivo como construcción cultural— nos ayuda a imaginar las razones del silencio posterior a la guerra por parte de quienes se consideraban los vencidos.<sup>25</sup> La memoria pública quedó inhibida porque la brecha que se había abierto durante la guerra entre el fragmentado Estado y la sociedad facilitó que se produjera una forma habitual de colaboración con las autoridades, en ambas zonas de guerra (véase mapas 1-4), consistente en la denuncia de «enemigos» por parte de individuos. Esta forma privatizada de complicidad con la violencia fue extremadamente generalizada y aun iría a más después del conflicto. En el contexto de la situación política de posguerra y del «trauma» que construyeron los vencedores, las denuncias impidieron el reconocimiento colectivo del sufrimiento y que se procesara el dolor de la guerra. El hecho de reconocer y recordar quedó circunscrito, porque las profundas divisiones ideológicas y culturales del periodo de preguerra se habían perpetuado en la extrema violencia del conflicto y se vieron aumentadas, que no resueltas, por la victoria total del general Franco.

La primera parte de este estudio crea el escenario necesario para el análisis de la memoria de posguerra, delineando primero las dimensiones políticas, morales y sociales de las memorias de la guerra, y explicando después la crisis de la Segunda República, la erosión de la legitimidad del Estado en los años treinta, y el proceso complejo e íntimamente violento que acompañó a la coactiva reconstrucción estatal en las dos zonas durante la guerra civil. En un conflicto intraestatal violento no es tan sencillo ser preciso sobre el suceso histórico que constituye el núcleo del trauma colectivo o cultural. Hay que plantear dos problemas concretos: en primer lugar, la dificultad que entraña localizar los principales puntos de referencia «traumáticos» e identificar con exactitud a las víctimas colectivas asociadas al conflicto; y, en segundo lugar, la importancia de criticar la idea de la guerra civil y su violencia como una misma experiencia, «nacional» y «unificada», cuyo análisis más fructífero tiene lugar a nivel general.

Los capítulos de la segunda parte exploran la memoria de la guerra

durante los años de Franco, desde la década de 1940 hasta la de 1970. (El mapa 5 muestra las regiones y otros lugares mencionados en el texto.) Cada década se aborda en dos capítulos, primero a través de la producción de mitos, propaganda y políticas de memoria respaldados por el Estado, y segundo a través de la formación de la «memoria social»: recuerdos reflejados en suposiciones culturales y prácticas sociales generalizadas. Así, el capítulo 3 explora el uso y la renovación de los recursos simbólicos religiosos mediante ejemplos del ceremonial conmemorativo de los vencedores y en las reivindicaciones de la memoria en la inmediata posguerra y durante los años cuarenta. El capítulo 4 examina el profundo impacto que tuvo la guerra en el tejido social durante los años cuarenta y el modo como fue asimilada la derrota y se dismantelaron las obligaciones, lealtades y solidaridad sociales. Avanzando hasta los años cincuenta, el capítulo 5 demuestra que la Guerra Fría revivió los recuerdos de la «cruzada» de Franco y ayudó a mantener el poder del general, aunque la conmemoración activa fue limitada. La castración política y la hipervigilancia de los años cuarenta fueron dando paso a una sensación de resignación respecto del pasado y a unos impulsos hacia la migración urbana, a menudo desde las comunidades rurales más fragmentadas, que apuntaban al futuro (capítulo 6). A partir de los años sesenta (comentados en los capítulos 7 y 8) disminuyeron las reacciones afectivas expresadas colectivamente por numerosos fieles al régimen y católicos acerca de lo que consideraban la profanación y contaminación de los valores sagrados durante la guerra. Lentamente, el poder político había pasado de recurrir a una autoridad carismática a buscar bases más rutinarias de legitimación, y el Estado alentó cautelosamente una vaga generalización del trauma en el ámbito de la retórica política, en forma de una crónica de la guerra como lucha «fratricida». Esta nueva narrativa pretendía (en un nivel retórico) incorporar a secciones de la sociedad no incluidas en el colectivo victimizado anterior, asociado con Franco y los nacionalistas de los tiempos de guerra. En medio de un cambio social sin precedentes y de las presiones de la modernización, ya no era sostenible una identidad traumática católica y conservadora que funcionara en una sola dirección, y el giro de la Iglesia hacia la reconciliación ciudadana a principios de los años setenta resultó muy importante, aunque fue contestado dentro de la jerarquía eclesiástica (capítulo 9).

La tercera parte del libro, dedicada a las memorias de la guerra después de Franco, compara las formas en que se registró el recuerdo durante las tres décadas transcurridas desde 1975. La sombra del pasa-

do durante la tensa etapa de la transición a la democracia en los años 1975 a 1982 se aborda en el capítulo 10. Este proceso se vio facilitado, en un nivel general, por el desarrollo simultáneo de la economía de mercado y la Ley de Amnistía de 1977, aunque la propia transición se vería amenazada por una renovada violencia política, en especial por parte del ejército. La relación entre modernización, «avanzar» y «olvidar el pasado» durante el mandato del primer Gobierno socialista posfranquista, entre 1982 y 1996, se comenta en el capítulo 11. En el 12, centrado en el periodo de 1996 hasta la Ley de Memoria Histórica de 2007, se afirma que la reciente explosión de memorias de guerra guarda relación con la crítica al «olvido» a partir de 1975, pero también con una fragmentación general de las formas contemporáneas de identidad colectiva, el retroceso del Estado-nación y la consiguiente dilución de la identidad nacional como base de la memoria. En esos tiempos, la marcha del capitalismo global ha generado pesimismo sobre la posibilidad de un cambio radical a través de la acción política.<sup>26</sup> Aunque los españoles miraron al futuro con esperanza desde los años sesenta hasta los ochenta, la novedad y coherencia de la modernidad como ideal empezaron a flaquear hacia el fin del milenio, y se buscaron el sentido y la autenticidad en etapas del pasado marcadas por el radicalismo, el compromiso y el sacrificio. En un mundo fluido e inconstante, se apreciaba un renovado interés en el pasado como base de identidad y de una crítica política, aunque a veces ha conducido a una simplificación excesiva, a un énfasis en la reconstrucción imaginativa y al tratamiento de la historia como una forma de retórica moral.<sup>27</sup>

En cada periodo se ha pretendido identificar a quienes ejercían de «creadores de significado» en la esfera pública, aquellos actores colectivos de la memoria y el trauma cultural —a menudo definidos generacionalmente— que ascendieron y cayeron con el cambio de los tiempos. Se analizan asimismo las relaciones, siempre en evolución, de varios grupos «traumatizados» con el poder político y con el resto de la sociedad (el «público» más numeroso, receptor de las reivindicaciones de la memoria), al igual que el modo en que cada colectivo define el daño fundamental causado e identifica y describe a los perpetradores de este. Los foros institucionales de tipo religioso, estético, legal, burocrático-estatal y científico (la historiografía académica), así como los medios de comunicación de masas, han sido los mediadores del «sentido» del pasado, en un proceso de relaciones sociales y políticas en constante evolución.